



ACTO SOLEMNE DE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO 2026-2027

Dr. P. Antonio Allende Felgueroso SJ
Rector

**Escuela de Ingeniería Agrícola y
Agroambiental INEA**

16 de septiembre 12:00 h
2026

AUTORIDADES ACADÉMICAS,
DIRECTOR DE INEA, D. PEDRO PIEDRAS;
DR. D. ENRIQUE BARAJAS,
EQUIPO DIRECTIVO DE LA UNIVERSIDAD,
PROFESORES E INVESTIGADORES,
PERSONAL DE ADMINISTRACIÓN Y SERVICIOS,
ALUMNOS Y ALUMNAS.

Queridos miembros de la comunidad universitaria, amigos y amigas todos: para mí es una alegría estar de nuevo aquí, en Valladolid, entre amigos; una ciudad en la que, como sabéis muchos, he vivido siete años y he sido muy feliz trabajando aquí. Las inauguraciones de curso siempre tienen algo ritual. Los rituales son importantes porque obligan a parar. Durante el curso vivimos pendientes de las clases, los horarios, los proyectos, las reuniones, los exámenes, las dificultades que tenemos que resolver cada día. Pero, en momentos como este, nos damos un momento, nos paramos y nos preguntamos dónde estamos, hacia dónde queremos ir y, sobre todo, por qué hacemos lo que estamos haciendo.

Y creo que hoy es una pregunta especialmente relevante, porque seguimos viviendo un proceso, una historia que comenzó ya hace algunos años y que ha dado pasos decisivos recientemente: la integración plena de INEA en la Universidad Pontificia Comillas. Como sabéis muchos de los que estáis aquí, porque fuisteis protagonistas de este proceso, INEA comienza como centro adscrito en 2018 y, después de seis años de camino compartido, en 2024 culmina su integración como centro propio, que no adscrito, centro propio de la Universidad. Esto fue un paso muy importante, pero todos sabemos que los procesos institucionales no terminan el día que se firma un

documento, que cambia un organigrama o que entra en vigor una nueva estructura. Las instituciones son personas, están hechas de personas, y las personas necesitamos tiempo.

Quienes estudian la psicología del cambio suelen distinguir entre el cambio externo y la transición, el camino interno. El cambio estructural puede producirse en un día: decidimos que, de repente, el organigrama es así, que un procedimiento ahora se hace de esta manera, que una dependencia administrativa ahora es de esta persona, y ya está. Pero la transición necesita tiempo, porque afecta a costumbres, relaciones, formas de trabajar, sentido de pertenencia, fidelidades e incluso a nuestra misma manera de entender quiénes somos. Y todo cambio verdadero, hay que asumirlo, implica algo de pérdida. Y creo que esto debemos reconocerlo con normalidad. Todos ganamos mucho con esta integración, pero también todos dejamos algo atrás. INEA ganó la fortaleza de formar parte plenamente de una Universidad como Comillas; ganó recursos, ganó estructura, ganó posibilidades de investigación, ganó colaboración interdisciplinar, ganó en internacionalización. Pero Comillas gana también muchísimo con la incorporación de INEA: incorpora sesenta años de historia ligada a una tierra, una relación privilegiada con Castilla y León y Valladolid, un conocimiento profundo del sector agroalimentario que nosotros, que Comillas Madrid, no tenemos, y una tradición muy particular de unir formación técnica, empresa, sostenibilidad y compromiso social.

Pero también hay cosas que dejamos atrás. INEA puede echar de menos determinadas formas de autonomía, procedimientos conocidos, maneras de decidir o relacionarse que formaban parte de su cultura. Y Comillas también tiene algo que perder: debe abandonar la tentación de pensar que integrar significa simplemente extender a Valladolid la manera de hacer las cosas que tenemos en Madrid.

Porque integrar, para nosotros, no es absorber. Una buena integración no consiste en que una institución desaparezca dentro de otra; consiste en una realidad nueva que recoja lo mejor de las dos historias. Por eso, también tenemos que permitirnos espacio interior y exterior para este pequeño duelo que acompaña todo cambio. Echar de menos algo del pasado no tiene por qué significar estar en contra del futuro. Expresar una dificultad no tiene por qué significar oponerse a la integración. Lo importante es que podamos hablar de ello con honestidad y confianza. La pregunta que debemos hacernos no es solamente: ¿cómo hacíamos antes las cosas en INEA?, ¿cómo se hacen las cosas en Comillas? La pregunta que debemos hacernos continuamente es: ¿cuál es la mejor manera de hacerlas ahora, siendo Comillas e INEA juntos?

INEA no es una página en blanco, como no lo es Comillas. Esta institución nació en 1964 de la intuición del jesuita José Quintanilla, preocupado por la necesidad de formar profesionales capaces de responder a los retos del sector agrícola, y recibe el nombre de otro jesuita, Sisinio Nevares, profundamente comprometido con las condiciones de vida de los trabajadores del campo. Desde sus orígenes, por lo tanto, INEA tiene algunos rasgos que son extraordinariamente actuales: formación técnica rigurosa, conocimiento empresarial, cercanía al territorio y preocupación por las personas que viven y trabajan en él. A lo largo de sesenta años, y aquí podemos hacer la referencia a mi compañero y amigo Félix, INEA ha tenido que cambiar muchas veces. Y es también importante recordarlo: ha cambiado y ha cambiado para bien, porque toda institución viva necesita cambiar. Lo que no cambia es lo que justifica su existencia.

Este curso hemos comenzado en Comillas con una expresión que resume, creo yo, esta actitud de INEA y de la Universidad: *Ad maiora*, como divisa. Hacia cosas mayores, hacia cosas mejores. Tiene mucho que ver con el *Magis* de la tradición ignaciana. No se trata de hacer simplemente más cosas; se trata de hacerlas mejor. Una Universidad puede tener más alumnos, más titulaciones, más publicaciones, más recursos, más edificios, más presencia internacional y, sin embargo, no ser necesariamente una Universidad mejor. Por eso necesitamos las dos cosas: *Ad maiora*; aspiración y discernimiento, crecimiento y propósito.

En docencia, por ejemplo, necesitamos innovación continua. Estamos viviendo, como nos señalaban en las dos intervenciones anteriores, una transformación extraordinaria que se refiere fundamentalmente a lo digital, a la inteligencia artificial. Por eso hemos creado recientemente el Vicerrectorado de Estrategia Digital e Inteligencia Artificial, porque este vicerrectorado, en conjunto con los demás, tiene que preguntarse y preguntarnos a todos: ¿qué necesitáis aprender los alumnos en la era de la inteligencia artificial?, ¿qué merece la pena que sigáis aprendiendo, que sigamos enseñando?, ¿qué debemos enseñar y de qué manera os debemos enseñar? Y esto es especialmente evidente en un ámbito como el vuestro. La agricultura de hoy, como nos acaba de explicar magníficamente el doctor Barajas, es suelo y agua, pero también es sensores, datos, inteligencia artificial, genética, automatización, energía, logística, regulación, mercados y gestión empresarial. Y, al mismo tiempo, sigue siendo tierra, clima, alimento, personas, familias y comunidades. Por eso, cuanto más poderosa es la tecnología que ponemos en vuestras manos, más importante será para nosotros enseñaros cómo utilizarla, para qué y para quién utilizarla. Una Universidad de la Compañía de Jesús tiene que hacerse siempre una pregunta que nos debe dejar incómodos:

¿para quién? ¿Para quién investigamos? ¿Para quién innovamos? ¿Quién se beneficia del conocimiento que generamos? ¿A quién estamos formando? ¿A quién le llegan las oportunidades que ofrecemos? ¿Quién se queda fuera? No es una pregunta añadida a nuestra misión universitaria; pertenece al corazón mismo de lo que es ser una Universidad jesuita. Fíjense que la Compañía de Jesús formuló hace ya más de cincuenta años la inseparabilidad entre el servicio de la fe y la promoción de la justicia. La preocupación por los pobres y los excluidos dejó de ser simplemente una tarea de algunas obras sociales de la Compañía para convertirse en un criterio desde el que examinar todo lo que hacemos. Nuestro propio plan estratégico define Comillas como una Universidad social. Nuestro compromiso con la sociedad debe ser global y local, orientarse a la justicia, a la paz, a los derechos humanos, al bienestar inclusivo y sostenible y al cuidado de la casa común.

Y quisiera subrayar esto porque, a veces, podemos tener una comprensión demasiado estrecha de lo que significa solidaridad universitaria. Por supuesto que hace falta el compromiso personal. El tipo de persona que seamos se traducirá en qué tipo de investigador seremos, qué tipo de profesor o profesora. Ciertamente, necesitamos personas generosas, capaces de salir de sí mismas y encontrarse con quienes viven situaciones de vulnerabilidad. Y tenemos muchas oportunidades de hacerlo a través de, por ejemplo, pero no exclusivamente, Comillas Solidaria, el aprendizaje-servicio, nuestras clínicas y muchos otros proyectos. Todo esto es importante, muy importante. Pero una Universidad no puede conformarse con hacer solidaridad al margen de lo que la Universidad hace. Nuestra pregunta tiene que ser más exigente: ¿cómo ponemos la propia Universidad al servicio de la transformación social?

Porque el principal instrumento que se nos ha entregado a nosotros, como equipo directivo, a los decanos y directores de las escuelas, a los jefes de departamento, al personal de administración y servicios, tiene muchísima potencialidad de influir en la sociedad. Pero ese instrumento tiene unas herramientas muy específicas: la docencia, la investigación, la transferencia de conocimiento y la formación de profesionales. Esto es lo que hace la Universidad y, si la Universidad es solidaria, tiene que hacerlo a través de estas herramientas. Podemos acompañar a una familia, y debemos acompañar a familias que no puedan pagar adecuadamente la calefacción de su casa. Eso es muy necesario y necesitamos personas que lo hagan. Pero la Universidad puede poner ingenieros, economistas, juristas y trabajadores sociales a investigar por qué existe la pobreza energética, medirla con rigor, identificar qué políticas funcionan, trabajar con las empresas, las organizaciones sociales y las Administraciones Públicas, y proponer soluciones que puedan mejorar no ya solo la vida de una familia, que necesita la cercanía humana, sino mejorar la vida de miles de familias. Por ejemplo, nuestros investigadores han estudiado con Cruz Roja cómo la crisis energética y la inflación afectan a las personas vulnerables atendidas por esta organización. No se trataba simplemente de afirmar que la pobreza energética existe, sino de medirla, analizarla y comprender quiénes la sufren y de qué manera. Es decir, la investigación académica aplicada directamente a saber qué funciona y qué no funciona para mejorar, en concreto, la vida de las personas.

Se pueden hacer muchas más cosas y, de hecho, la Universidad las hace. Las cátedras han reunido en Comillas a investigadores, empresas, Cáritas, Cruz Roja, ECODES, Energías Sin Fronteras y representantes de las Administraciones para trabajar sobre propuestas concretas. Ahí está toda la cadena que debemos destacar:

conocer la realidad, investigarla con rigor, producir evidencia y conseguir que esa evidencia llegue a quienes pueden transformar la realidad. Eso es solidaridad universitaria. Podemos preocuparnos por el cambio climático, pero podemos, además, investigar nuevos sistemas energéticos, desarrollar modelos que permitan integrar mejor las energías renovables, estudiar cómo se puede diseñar una transición energética que no deje atrás a quien tiene menos recursos. Eso es solidaridad universitaria. Podemos sensibilizar a nuestros estudiantes, y debemos hacerlo, sobre la desigualdad, pero también podemos formar abogados que, desde nuestra clínica jurídica, trabajen sobre problemas reales de personas vulnerables. Podemos realizar investigaciones que ayuden a las ONG a saber cómo tienen que organizarse mejor y conseguir mejores recursos, incluso económicos. Podemos ayudar a las empresas a comprender su responsabilidad. Podemos, en definitiva, poner nuestros conocimientos de economía, ingeniería, derecho, psicología, educación, enfermería o empresa al servicio de problemas que afectan a personas concretas. Eso es solidaridad universitaria.

Incluso diría que una de las formas específicas de ser de una Universidad, sobre todo en una Universidad jesuita, es la solidaridad. Hay una expresión que yo le oí a Ignacio Ellacuría. No sé si Félix estaba; entonces éramos estudiantes de Teología en esta Universidad, en Madrid. Nos hizo una visita Ignacio Ellacuría, un referente para los jesuitas del compromiso entre la justicia social y el trabajo universitario, que más tarde sería asesinado en El Salvador. Cuando nos visitó entonces, nos contó una anécdota. Él era profesor de política social, filosofía social, y fue a clase un día y no había ningún alumno. Al día siguiente volvió, estaban sus alumnos y les preguntó: «¿Dónde habéis estado?». «Es que ayer había una manifestación contra la dictadura y fuimos a tirar piedras al Gobierno». Y aquí viene la frase

que a mí se me ha quedado grabada toda mi vida, porque dijo Ignacio Ellacuría: «Los universitarios no tiran piedras; los universitarios tiran estadísticas».

Es la manera específica de hacer nuestro trabajo como Universidad. Nuestra manera de intervenir, como nos acaba de recordar el doctor Barajas, en la sociedad es producir conocimiento, evidencia, argumentos y propuestas viables. Una investigación mediocre no ayuda a los pobres. Un dato poco riguroso no transforma una política pública. Una solución técnicamente deficiente no mejora una explotación agraria. Una empresa mal gestionada no genera empleo sostenible. Una tecnología que no funciona no resuelve ningún problema de los que sufren aquellos que están en los márgenes de la sociedad. Por eso, en la Universidad jesuita entendemos que la excelencia no es lo contrario del compromiso social; el compromiso social es una de las condiciones de la excelencia universitaria.

Estamos preguntándonos qué futuro pueden tener quienes viven, quienes quieren seguir viviendo del campo; cómo conseguimos que la innovación tecnológica llegue también a las explotaciones pequeñas; cómo hacemos compatible la sostenibilidad ambiental con la sostenibilidad económica; cómo producimos alimentos suficientes y de calidad sin destruir los recursos de quienes vendrán después de nosotros. Porque, ahora que INEA forma plenamente parte de Comillas, podemos preguntarnos qué nuevas posibilidades aparecen cuando juntamos el conocimiento agrícola y agroambiental de esta casa con las capacidades de investigación del resto de la Universidad. Y podemos hacerlo juntos: ingenieros agrícolas de INEA con ingenieros de ICAI, expertos en empresa y emprendimiento de ICADE, investigadores del IIT, juristas que conocen la regulación, especialistas en políticas públicas, sociología o trabajo social. Porque los problemas

del mundo rural, hasta donde yo tengo entendido, no vienen divididos por facultades. Son interdisciplinarios. Es una manera de acercarse a una realidad que es compleja y múltiple.

Y hay todavía una forma decisiva, que también nos han recordado, de impacto social que no debemos olvidar: sois vosotros, nuestros alumnos. Y probablemente, con la investigación, es la más importante. Cada año entregamos a la sociedad profesionales que, durante treinta o cuarenta años, tomaréis miles de decisiones. Tendréis que decidir cómo se gestiona una explotación, qué tecnología vais a comprar, cómo se trata a un trabajador, dónde vais a invertir, qué impacto ambiental estáis dispuestos a asumir, qué proveedor y con qué condiciones vais a elegir, cómo afrontáis una crisis o qué hacéis cuando la rentabilidad económica entra en tensión con otras responsabilidades sociales. Para nosotros, que seáis excelentes significa que también durante estos años os preguntéis por las consecuencias de vuestras decisiones, por aquellos a los que vuestras decisiones afectan, especialmente por quienes tienen menos capacidad para hacer oír su voz. E insisto: este es probablemente el impacto social más profundo de una Universidad. No solamente lo que hacemos nosotros mientras nuestros estudiantes están aquí, sino lo que haréis con todo lo que aquí hayáis aprendido cuando ya no estéis en esta casa. Y entonces comprenderemos mejor qué significa que una Universidad tenga una opción preferencial por los pobres. No significa que todos tengamos que dejar nuestro trabajo para dedicarnos a la intervención social. Para mí es algo mucho más exigente: que cada uno se pregunte cómo puede poner lo mejor de su trabajo al servicio de una sociedad más justa. Esta pregunta se la debe hacer el ingeniero sobre su ingeniería; el investigador sobre su investigación; el profesor sobre su enseñanza; el jurista con el derecho; el economista, comprendiendo y transformando las organizaciones; el empresario,

creando empresas sostenibles y trabajo digno; y una Universidad, haciendo bien aquello que solo una Universidad puede hacer. El servicio que nosotros le podemos prestar a la sociedad, a la Compañía de Jesús y a la Iglesia es utilizar las herramientas universitarias para la misión de la Universidad. Porque nuestra solidaridad no puede consistir solamente en acercarnos de vez en cuando a los márgenes. Tenemos que conseguir que los márgenes entren en nuestras preguntas, en nuestras aulas, en nuestros laboratorios y en nuestras decisiones.

Termino ya. Estamos todavía aprendiendo a ser juntos Comillas e INEA, y necesitamos paciencia. Habrá procedimientos que ajustar, decisiones que revisar, cosas que funcionarán a la primera y otras que no. No debemos tener miedo a estas dificultades. El verdadero peligro sería que no habláramos de estas dificultades por refugiarnos cada uno en nuestra propia manera de entender la historia o de hacer las cosas. Necesitamos confianza para decir qué funciona y qué no; para reconocer lo que echamos de menos; para cambiar también desde Madrid cuando descubramos que aquí hay una manera mejor de hacer las cosas y, sobre todo, para imaginar juntos algo que todavía no existe y que, por lo tanto, es difícil saber adónde nos va a llevar.

Ad maiora. Queremos ir a mejor: enseñar mejor, investigar mejor, trabajar mejor juntos, cuidar mejor y, sobre todo, servir mejor. Quizás este sea el mejor criterio para saber, dentro de unos años, si todo este esfuerzo y esta inversión de recursos han merecido la pena: no solamente cómo hemos crecido nosotros, sino a cuántas personas, a cuántas familias y a cuántos territorios hemos ayudado a crecer con nosotros.

Muchas gracias.



16 de septiembre de 2026 – Valladolid
| Universidad Pontificia Comillas